

---

# MODALIDAD RELATO CORTO

---

## 2º PREMIO ADULTOS, “La perplejidad del alarife” José Agustín Blanco Redondo, Valdepeñas (Ciudad Real).

Como alude el título, cuando el lector termina de leer este relato se siente perplejo. La excelente construcción de la trama narrativa, la perspectiva desde la que se relatan los hechos, y especialmente, el guiño que engaña al receptor al situar la historia en dos planos de ficción, convierten a este relato en un virtuoso juego de *perplejidades*.

Efectivamente, el narrador tiene la habilidad del demiurgo para conseguir que lo que parecía un relato histórico sobre un maestro de la construcción de una fortaleza amurallada -quizá árabe, quizá cristiana-dé un giro y vuelva al momento actual para encontrar un relato sobre una mujer víctima de malos tratos, a las puertas de una nueva vida. Primera perplejidad (la del lector).

German es el elemento de unión entre estas dos historias paralelas: el alarife del principio, arquitecto y constructor que defiende su castillo cimentado con primor y quien, junto al ejército que lo defiende, está dispuesto a dar su vida por salvaguardarlo; y el Germán niño, que construye en la playa un castillo de arena y ve, desolado, cómo las olas arrastran su fortaleza. Segunda perplejidad (la de Germán).

Lo que parecían dos historias, se convierten en una sola en el momento en que el lector comprende ciertas señales que no supo descifrar en la primera parte. Ciertamente, los campos léxicos del inicio están llenos de datos que sitúan la historia en unas coordenadas espacio-temporales distintas de la segunda parte. Por un lado, el vocabulario referido a la construcción, cuyo hiperónimo sería “*alarife*” (*barbacana, foso, puente levadizo, adarves, murallas, almenas, torre albarrana, torre del homenaje...*). Pero, inesperadamente, se coloca la palabra “*nácar*” referida al castillo, que descoloca al lector que no conoce ningún castillo rematado con nácar, salvo en un cuento.

Por otro lado, el léxico referido a *batalla* (*soldados, armas, juramento de morir para defender el reino, batalla, matacanes, patio de armas, proyectiles, huestes...*). Y

nuevamente se siente que chirría una palabra que deja perplejo al lector por tercera vez: *“rastrillo”*, obviamente, nunca usada con arma defensiva.

Un tercer campo léxico permite unir ambos planos ficcionales; el relato se llena de términos marinos que consiguen que el lector se desoriente una vez más, al no poder ubicar ese reino próximo al mar, cuyo estandarte es un dragón bordado en hilos de oro y cuyo regente es nada menos que *“el Rey de las Dunas y las Marismas”*: *bígaros, caracolas, añicos de conchas, valvas de coquinas, almejas, berberechos...* y sobre todo, esa vanguardia de soldados *“tramada de salitre”*.

Por fin, el perplejo lector sale de dudas: el primer gran fracaso de la mesnada tiene como obstáculo las olas...y así aparece un universo claramente actual de una madre con su niño en la playa que ve cómo su edificación erigida con tanto esmero es abatida por las olas. Y este es exactamente el punto unión, la juntura que da sentido al relato, donde confluyen los tres campos de palabras que resuelven esas perplejidades que no se podían contestar.

*La mujer “contempla en el solar que ocuparon las murallas, las torres altas y la barbacana, el árido solar de su propia existencia. Y en el afán terco, inmisericorde de las olas, ella vislumbra toda la violencia terca, inmisericorde que tuvo que soportar durante más de diez años.*

La madre, la víctima, la maltratada de  *cuerpo*, de  *alma* y de  *mente*, es capaz de interpretar esa metáfora y comprendemos entonces, que el ejército enemigo fue aquel hombre que destrozó su vida; el castillo a la intemperie, su casa abatida;  *los embates tenaces de las olas*, el maltrato y, finalmente, los vientos, el desprecio que sufrió. Ahora todo cobra sentido.

Lo que empezó en el fragor de una batalla inminente, se convierte en un lugar de esperanza junto con aquel niño -el alarife Germán, el niño Germán- en el que encontrará  *un lugar tranquilo donde no lleguen las olas. Donde no llegue el mar*, con tiempo y arrojos suficientes para empezar una nueva vida.

Felicidades, José Agustín Blanco, ojalá las olas nunca derriben tu fortaleza. Ojalá nuevos ejércitos te permitan construir relatos tan bien armados y contruidos como este.